

por una parte, considero insuficiente a todas luces una defensa de la religión desde la perspectiva humana o social (como si ésta fuera simplemente un fenómeno de esa naturaleza, y a ella se pudiera reducir su inteligibilidad). Menos es nada, se podrá decir, pero creo que se puede aspirar a un planteamiento de orden superior. Además la lectura del Islam, que fluctúa entre cierta ingenuidad y tímido optimismo, requiere un estudio más hondo, por la urgencia con que en nuestros días se necesita mayor aclaración. Por otra parte, la sospecha de una perenne alianza de la Iglesia con el poder temporal viene purificada ciertamente con la defensa, constante y firme, de la respectiva autonomía entre el orden político-social y el religioso-espiritual: “La grandeza, y la santidad del cristianismo radican, en cambio, en no haber tratado de gobernar más que el ámbito natural de las religiones, dejando todo lo demás a la libre iniciativa del espíritu humano” (p. 65). Unos cien años se adelanta el autor a la afirmación del Vaticano II, en el número 36 de la *Gaudium et spes*, a propósito precisamente de la mencionada autonomía entre ambos órdenes de la vida humana. Interesantes pistas para la contemporánea discusión sobre laicidad y laicismo.

Juan Carlos García Jarama

---

ZUBIRI, X., *El problema teologal del hombre: Dios, religión, cristianismo* (Alianza Editorial – Fundación Xavier Zubiri, Madrid 2015). XV + 822 pp. ISBN: 978-84-206-9708-6

Se suelen distinguir tres grandes etapas en la filosofía de X. Zubiri (1898-1983). Una sería la anterior a 1932, en ella lo más determinante sería la fenomenología de Husserl. La segunda, que se extendería hasta 1944, sería una etapa ontológica marcada fuertemente por la filosofía de Heidegger. La última y más extensa de todas abarcaría hasta su fallecimiento. Al parecer del propio filósofo, en ella desarrolla su propia filosofía, la cual tendría un carácter, según él mismo entiende, estrictamente metafísico. Dentro de esta última etapa, podemos considerar dos grandes momentos. El primero de ellos podríamos llamarlo de crianza; si bien de ella podemos encontrar barruntos en los años anteriores, ya hay una filosofía propia, pero se está madurando. El segundo momento de la etapa metafísica se caracteriza por la madurez de esa filosofía original; estos últimos años abarcarían desde la publicación de *Sobre la esencia* (1962) hasta la trilogía *Inteligencia sentiente* (1980-83).

En el volumen objeto de nuestra atención, se publica, tras la “Introducción” (pp. I-XV) de los editores, A. González Fernández y E. Vargas Abarzúa, el curso “El problema teologal del hombre: Dios, religión, cristianismo” (pp. 1-783), que el filósofo español impartió en 26 lecciones desde enero hasta abril de 1971, por tanto, en el

mediodía de su madurez. Los editores han añadido como apéndice “Reflexiones teológicas sobre la eucaristía” (pp. 785-816), que es la lección que Zubiri pronunció en su investidura como Doctor honoris causa en Teología por la Universidad de Deusto el 1 de octubre de 1980; unas páginas, por tanto, tintadas con los arreboles del ocaso. Son dos textos a los que les separa casi una década y en ellos se aprecia, al comparar el apéndice con lo que decía sobre la Eucaristía en 1971, cómo el pensamiento de nuestro autor va puliéndose y evolucionando sin pausa.

Para la edición del curso, los editores han contado con la grabación ya digitalizada de las lecciones; con la transcripción que en su día se hizo, en algunos casos corregida a mano por el propio Zubiri, de la grabación del curso; además con algunas páginas mecanografiadas en las que se reelaboran las lecciones I, VI y XVII; finalmente con las fichas de las que el filósofo se servía para impartir sus lecciones. La presente edición se inscribe dentro de un criterio nuevo que ha adoptado la Fundación Xavier Zubiri para la publicación de las obras del filósofo donostiarra, “ediciones, que tratan de reproducir íntegramente los textos de Zubiri, en el nivel de elaboración en que el filósofo los dejó, y en las que se informa detalladamente al lector de la procedencia de los materiales utilizados, y del estado de los mismos” (p. IX). No obstante, pese al avance que supone respecto a publicaciones anteriores, no estamos ante la edición crítica de unas Obras completas con un criterio común para todas ellas. Es más, tampoco estamos propiamente ante la edición crítica de una obra.

Ilustremos esto último solamente con lo más llamativo. El lector se encuentra en la nota 81 de la p. 97 con la siguiente sorpresa:

Zubiri desarrolló el tema llamado “el despliegue del problema de Dios” en la lección V [...]. Sin embargo, Zubiri no quedó contento con esa exposición y volvió a tratar este mismo tema en la lección VI [...]. Además [...] en la revisión de la lección VI, incorporó varias hojas mecanografiadas que mejoran notablemente la exposición del curso. Por todo ello, no cabía duda en usar para este tema sólo la redacción de la lección VI. Sin embargo, hay que tener en cuenta que en la lección V, cuando comienza el apartado 1 llamado “La realidad de Dios”, Zubiri anotó al margen: “Esta lección necesita ser refundida con la siguiente”. En el mismo inicio, en la lección VI, Zubiri anota: “para fundirlo con la lección anterior”. Por todo ello, a la lección VI, que hemos tomado como base, le hemos añadido la introducción de la lección V más algunos pasajes de ella para completar la exposición, lo cual se indica en notas a pie de página.

¿Dónde está el resto de la lección V? ¿Llevó a cabo Zubiri su deseo de refundir ambas lecciones? Si no lo hizo, ¿por qué lo hacen los editores? ¿No hubiera sido mejor haber publicado íntegras las dos lecciones?

Hay otras intervenciones ciertamente prescindibles de los editores. Si bien se indican, de cuando en cuando se introduce alguna o algunas palabras que tratan de aclarar la lectura, sin embargo, un buen número de ellas son totalmente innecesarias

para la comprensión del texto. En la p. 630 en la nota 483, los editores nos remiten a un texto posterior de Zubiri para comprender su postura sobre la muerte. ¿Por qué dar esa indicación? ¿Por qué no ilustrarnos con más pasajes del autor sobre la muerte? ¿Por qué no dar referencias bibliográficas para otras cuestiones y sí en ésta? En la p. 632, les parece un error que Zubiri emplee “apersonal” y lo sustituyen por “impersonal”, indicándolo en nota. Si consideramos el uso que hace Zubiri de “impersonal” al tratar la dimensión social del hombre y cómo emplea algunas veces el alfa privativa, probablemente lleguemos a la conclusión de que no es ningún error del autor. Con todo, ¿no hubiera sido mejor poner en nota el parecer de los editores y dejar la palabra original en el texto? En la introducción, los editores advierten al lector de que “para que el texto escrito resulte lo más fluido posible, hemos ordenado algunas frases y suprimido algunas repeticiones” (p. XIII). Creo que el lector de este tipo de libros es capaz de sobreponerse a esas dificultades, no necesita que le ordenen las frases, seguramente preferirá el desorden del autor.

Por último señalar que no se incluye un índice analítico como era hasta ahora habitual en las ediciones de las obras de Zubiri. Esperemos que no sea éste un criterio que se adopte de aquí en adelante, ya que esos índices eran una útil herramienta para el estudioso y que no los sustituyen los índices electrónicos de las obras que se pueden utilizar en la página web de la Fundación Zubiri, dado lo muy limitados que son los criterios de búsqueda que se pueden emplear.

El curso, en la presente edición, consta de una “Introducción” (pp. 1-32) que comprende la lección I y el comienzo de la II. Tras estas primeras páginas, tenemos la primera parte del curso, titulada “El hombre y Dios” (pp. 35-195), que abarca desde la lección II a la VIII y trata el problema de Dios desde una perspectiva filosófica. La segunda parte, “El hombre y la religión” (pp. 199-363), comprende desde la lección IX a la XIII y trata filosóficamente de las religiones. La tercera parte y más extensa “El hombre y el cristianismo” (pp. 367-783), donde encontramos las últimas lecciones del curso, la mitad del total, donde reelabora un curso de 1967 al que ahora nos referiremos y lo hace teológicamente dando una visión de conjunto del cristianismo.

La parte teológica, tercera del curso, así como el apéndice ya habían sido publicadas en el volumen *El problema teológico del hombre: cristianismo* (1997) y buena parte de la segunda lo había sido en *El problema filosófico de la historia de las religiones* (1993). Ahora los textos ya conocidos aparecen, pese a los reparos ya expuestos, con una presentación más cuidada.

La única vez en que de forma conjunta expuso Zubiri las tres partes en que articulaba lo que él llamaba el problema teológico del hombre fue en este curso de 1971. Alguna de estas cuestiones fue tratada por separado tanto con anterioridad como con posteridad en otros cursos, pero la única vez en que lo encontramos conjuntamente y además al mismo nivel de evolución de su pensamiento es precisamente aquí. Por orden cronológico, en 1965 dictó en Madrid el curso “El problema filosófico de la historia de las religiones”, del que ofreció un resumen en Barcelona ese mismo año; en 1967, “Reflexiones filosóficas sobre algunos problemas de teología”; en 1968, “El

hombre y el problema de Dios"; en 1973, en Roma "El problema teológico del hombre: El hombre y Dios". A lo que hay que añadir algunos textos publicados en vida del autor.

La visión de conjunto hace percibir con claridad que lo más importante, junto a los posicionamientos filosóficos de Zubiri, a la hora de dar unidad al problema teológico del hombre, en sus tres momentos, es su postura ante el problema del fin sobrenatural del hombre y el deseo del mismo. Llamativamente, pese a ser una de las cuestiones teológicas de más vivo debate el pasado siglo, acaso cerrado en falso, y ser uno de los elementos que articulan su exposición, Zubiri no la aborda abiertamente, no se toma tiempo para justificar su postura, que soterradamente discurre por cada página, aunque alguna vez se mente fugazmente el tema (cf. pp. 462, 517 y 530). Sin embargo, es algo que subyace a todo el curso. Zubiri se sitúa en una posición cercana a la de H. de Lubac, lo mismo que, décadas antes del teólogo francés, lo había hecho también, pero desde la filosofía, M. de Unamuno en los años inmediatamente posteriores a su conversión religiosa, si bien luego evolucionó hacia posturas próximas a las que lustros después adoptaría K. Rahner. Zubiri en esto se encuentra más lejos del alemán de lo que está el propio de Lubac.

¿Es verdad el concepto de lo sobrenatural? ¿No será más bien que lo natural es una especie de concreción de lo sobrenatural? Y, en este caso, no habría sobrenaturalidad; lo único que hay es justamente la manera finita de tener [el hombre] vida divina sin ser Dios. Lo que llamamos "naturaleza" es tan sólo la finitud esencial con que la vida trinitaria se realiza ad extra (p. 462).

Es más, llega a decir que "esta idea de lo sobrenatural es la perfecta helenización del pensamiento cristiano" (p. 530).

La postura que adopta ante este tema le da una gran cohesión al conjunto y hace fácil el paso de la filosofía a la teología. La ventaja de la opción tomada garantiza la inmanencia de lo gracioso, pero a riesgo de que esto pueda quedar un tanto diluido en la inmanencia y que, con ello, se pueda perder la "paradoxe chrétien de l'homme", como decía de Lubac. ¿Hay sólo una diferencia de grado entre las religiones y el cristianismo, entre una fe natural y una fe sobrenatural? Merecería la pena estudiar a fondo estas cuestiones y otras aledañas en Zubiri. Todo esto deja su huella no solamente en la segunda parte del curso, lo referente a la religión, sino también en las cuestiones teológicas de la tercera parte que Zubiri sitúa bajo el común y significativo título "Mundología: donación de Dios" (pp. 436-782).

El libro es de sumo interés. Filosóficamente es un testigo de la evolución del pensamiento de Zubiri en cuestiones importantes. Se encuentra en él nueva claridad a conceptos como dominancia y causalidad y, a la altura de pensamiento de estas páginas, algunos elementos filosóficos cobran mayor transparencia desde lo teológico. La primera parte aporta un nuevo eslabón a lo que ya conocíamos sobre la cuestión de Dios, aunque sigamos a la espera de la publicación del curso de 1968. La segunda parte aparece completa por primera vez, pero pendiente de que se publique el curso de 1965.

La parte teológica, como ya era conocido, plantea la cuestión de la suficiencia de la misma. En tan pocas páginas, la amplitud de problemas que se abordan y la profundidad de los mismos, pese a la belleza de algunos pasajes, obligan a que apenas queden bocetados los temas. Lo que no impide que brille la originalidad de Zubiri, no solamente por pensar desde un gran y profundo conocimiento de la Sagrada Escritura y de la teología ni por su tendencia a adoptar las posiciones orientales frente a las latinas, sino por las posturas que toma y las posibilidades que promete su filosofía para la teología, pendiente de dar mejores frutos; desde esa filosofía, no obstante, se puede hacer otra teología.

Pero me da la impresión de que la suficiencia no sólo hay que planteársela teológicamente, sino también dogmáticamente. Es asunto que demanda un espacio más amplio que una recensión y aclararlo honraría a un autor como Zubiri que siempre escribe con voluntad de ortodoxia. Quede no obstante señalada la cuestión.

Por otra parte, la publicación en su día del curso de 1967 permitirá un estudio de la evolución del pensamiento teológico de Zubiri, si bien de esto se puede apreciar algo contrastando lo dicho sobre la Eucaristía en el curso y la lección de Deusto.

Aunque en lo teológico las sugerencias son sumamente incitantes, es la parte filosófica la más atrayente y donde se hace sentir con más intensidad la genialidad y el estro de Zubiri. Sí, porque la inspiración también es necesaria en filosofía.

Alfonso García Nuño

---

PRADES LÓPEZ, J. M<sup>a</sup>., *Dar testimonio. La presencia de los cristianos en la sociedad plural* (BAC, Madrid 2015). 462 pp. ISBN: 978-84-220-1837-7

Estamos ante un libro importante y notablemente significativo sobre la categoría testimonio escrito con fina precisión y atenta preocupación eclesial por parte del catedrático de la Facultad de Teología de la Universidad San Dámaso de Madrid, de la cual también es el actual Rector.

En efecto, es sabido que la categoría testimonio para la teología emerge masivamente a partir del Concilio Vaticano II, donde aparece más de cien veces, siendo relanzada por la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI en 1975, donde se describe bellamente su dinamismo existencial articulando el testimonio “tácito y silencioso” (EN 21), con el anuncio claro e inequívoco del Evangelio de Jesucristo, ya que “no hay verdadera evangelización si no se predica el nombre y la doctrina de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios” (EN 22). A su vez, en la conclusión de esta Encíclica se ofrece una fórmula que se ha hecho con razón emblemática al afirmar que “el mundo escucha más a los testigos que a los maestros y si escucha a los maestros es porque son testigos” (EN 41).